



EL PAPA ENCUENTRA EL BUEN VINO EN MILÁN

Por Sandro Magister

Fuente: Chiesa, 3 de junio de 2012

<http://chiesa.espresso.repubblica.it/articolo/1350259?sp=y>

Tanto más lejos está de las intrigas vaticanas, tanto más estima y afecto encuentra Benedicto XVI. Sus tres días en la capital económica italiana han sido un Himno a la Alegría. Como en la Novena Sinfonía de Beethoven. Como en las bodas de Caná.

Lejos de la curia vaticana, aparece el auténtico perfil de Benedicto XVI. Nada actúa como pantalla opaca. Su coloquio con la multitud es directo. Su palabra llega intacta a quien lo escucha.

Así ha ocurrido en Milán, entre el viernes 1 y el miércoles 3 de junio, con la visita del Papa a la arquidiócesis de los santos Ambrosio y Carlos y al Encuentro mundial de las Familias, frente al júbilo de al menos un millón de fieles provenientes de muchas naciones.

Y así ha acontecido sobre todo más allá de los discursos oficiales.

Por ejemplo, en los momentos en los que el Papa respondió espontáneamente las preguntas de adultos y niños.

También en los momentos en los que expuso pasajes autobiográficos sobre el "paraíso" de su infancia y sobre su pasión por la gran música.

*

La gran música que Benedicto XVI ha tenido oportunidad de escuchar y meditar en Milán fue, en el Teatro de la Scala, la tarde del 1 de junio, la Novena Sinfonía de Beethoven, dirigida por Daniel Barenboim.

El Papa ha asociado la "terrible disonancia" que introduce la parte final de la sinfonía al dolor y a la destrucción que golpean a los hombres, últimamente pero no menos importante el terremoto que todavía afecta a una zona de la Emilia, no lejos de Milán.

Es una disonancia que hace pensar en un Dios ciego y lejano, totalmente solo arriba en el cielo lleno de estrellas y que se desentiende del mal en el mundo.

Pero el Papa ha dicho que no hay que dejarse dominar por este pensamiento. Lo ha dicho con las mismas palabras de Beethoven, cantadas por el barítono: "¡Amigos, no estos tonos! Entonemos otros más atrayentes y alegres". Lo ha dicho con el impulso confiado del Himno a la Alegría de Schiller, que corona la sinfonía.

Una alegría que para los cristianos es la saber que Dios está próximo. El Dios "que sufre con nosotros y por nosotros, con lo cual ha hecho a los hombres y a las mujeres capaces de compartir el sufrimiento del otro y de transformarlo en amor". El Dios adorado en la Eucaristía (como poco después, en efecto, ha acontecido en la catedral de Milán).

*

En cuanto a sus intervenciones espontáneas, Benedicto XVI comenzó la mañana del sábado 2 de junio, en el estadio de San Siro, lleno de jóvenes en la edad de la Confirmación:

"Queridos amigos, no crean a quien les dice que no vale la pena hablar de vocación a vuestra edad. Un futuro gran pintor pinta ya desde niño. Estén atentos a la presencia del Señor. Quizás los llame".

*

Pero el Papa ha volcado sus palabras espontáneas sobre todo en la vigilia del VII Encuentro mundial de las Familias, al atardecer del mismo día.

Benedicto XVI respondió a cinco preguntas de familias de distintos continentes.

Por ejemplo, al responder a una familia de Grecia, el Papa dijo cómo afrontar la crisis económica que pesa sobre muchos, dirigiendo una exhortación también a los partidos políticos:

"Me parece que debería crecer el sentido de la responsabilidad en todos los partidos, que no prometan cosas que no pueden realizar, que no busquen votos solamente para sí, sino que sean



responsables por el bien de todos y que se comprenda que la política es siempre también responsabilidad humana y moral, frente a Dios y frente a los hombres".

Pero las cosas más originales el Papa las ha dicho en las tres respuestas reproducidas aquí a continuación, la primera de las cuales es a una niña vietnamita.

LAS FAMILIAS PREGUNTAN, EL PAPA RESPONDE

Entrevista con Benedicto XVI

1. ¿MI INFANCIA? UN PARAÍSO

P. – ¡Hola, Papa! Soy Cat Tien, vengo de Vietnam. Tengo siete años y te quiero presentar a mi familia. Él es mi papá Dan, y mi mamá se llama Tao, y él es mi hermanito Binh. Me gustaría tanto saber algo de tu familia y de cuando eras pequeño como yo...

R. – Gracias, amiga, y también a tus padres: gracias de corazón. Bien, me has preguntado cuáles son los recuerdos de mi familia: ¡son tantos! Querría decir algunas cosas. El punto esencial para la familia era para nosotros siempre el domingo, pero el domingo comenzaba ya el sábado por la tarde. Mi padre nos leía las lecturas, las lecturas del domingo, de un libro muy difundido en ese tiempo en Alemania, donde también se explicaban los textos. Así comenzaba el domingo: entrábamos ya en la liturgia, en una atmósfera de alegría.

Al día siguiente íbamos a Misa. Vivíamos en una casa cerca de Salzburgo, por eso hemos escuchado mucha música – Mozart, Schubert, Haydn – y cuando comenzaba el Kyrie era como si se abriera el cielo.

Y luego era importante en casa, naturalmente, el gran almuerzo juntos. Luego cantábamos mucho: mi hermano es un gran músico, ya desde niño compuso obras para todos nosotros, para que cantara toda la familia. Nuestro padre tocaba la cítara y cantaba. Todos estos son momentos inolvidables.

Luego, naturalmente, hemos viajado y caminado juntos; estábamos cerca de un bosque y caminar en los bosques era algo muy bello: con aventuras, juegos, etc.

En una palabra, éramos un solo corazón y una sola alma, con numerosas experiencias comunes, también en tiempos muy difíciles, porque vivíamos en tiempos de guerra, antes en la dictadura, luego en la pobreza. Pero este amor recíproco que había entre nosotros, esta alegría también por las cosas simples era fuerte, por eso se podían superar y soportar también estas cosas.

Me parece que esto fue muy importante: que también las pequeñas cosas hayan dado alegría, porque de ese modo se expresaba el corazón del otro. Así hemos crecido en la certeza que es bueno ser un hombre, porque veíamos que la bondad de Dios se reflejaba en los padres y en los hermanos.

Y a decir verdad, si busco imaginar un poco más como será el paraíso, me parece siempre que sería como el tiempo de mi juventud y de mi infancia. Éramos felices de esa manera, en este contexto de confianza, de alegría y de amor, y pienso que en el paraíso debería ser semejante a como era en mi juventud. En este sentido espero ir "a casa", dirigiéndome hacia "la otra parte del mundo".

2. ESPOSOS "PARA SIEMPRE", COMO EL VINO BUENO DE CANÁ

P. – Santidad, somos Fara y Serge, venimos desde Madagascar. [...] Los modelos familiares que dominan en Occidente no nos convencen, pero somos conscientes que también muchos tradicionalismos de nuestra África están de alguna manera superados. [...] Queremos casarnos y construir un futuro juntos. También queremos que cada aspecto de nuestra vida se oriente a los valores del Evangelio. Pero hablando de matrimonio, Santidad, hay una palabra que nos atrae más que ninguna otra y al mismo tiempo nos asusta: el "para siempre"...

R. – Queridos amigos, gracias por este testimonio. Mi oración los acompaña en este camino de compromiso y espero que ustedes puedan crear, con los valores del Evangelio, una familia



"para siempre". Tú has aludido a diversos tipos de matrimonio: conocemos el "matrimonio tradicional" de África y el matrimonio occidental. A decir verdad, también en Europa, hasta el siglo XIX, había otro modelo de matrimonio dominante, al igual que ahora: muchas veces el matrimonio era en realidad un contrato entre clanes, donde se buscaba conservar el clan, abrir el futuro, defender las propiedades, etc. Se buscaba el uno para el otro por parte del clan, esperando que se adaptasen uno al otro. Así era en parte en nuestras comarcas. Recuerdo que en una pequeña comarca, en la que ido a la escuela, era en gran parte todavía así.

Pero luego, desde el siglo XIX, siguió la emancipación del individuo, la libertad de la persona, y el matrimonio no se basó más en la voluntad de los otros, sino en la propia decisión. Precede el enamoramiento, luego se convierte en compromiso y posteriormente en matrimonio. En esa época todos estábamos convencidos que éste era el único modelo justo y que el amor garantizaba de por sí el "siempre", porque el amor es absoluto, quiere todo y, en consecuencia, también la totalidad del tiempo: es "para siempre".

Lamentablemente, la realidad no era así: se ve que el enamoramiento es bello, pero quizás no siempre es perpetuo, tal como es el sentimiento: no permanece para siempre. En consecuencia, se ve que el tránsito del enamoramiento al compromiso y luego al matrimonio exige distintas decisiones y experiencias interiores. Como he dicho, es bello este sentimiento de amor, pero debe ser purificado, debe avanzar por un camino de discernimiento, es decir, en él debe hacerse presente también la razón y la voluntad; deben unirse la razón, el sentimiento y la voluntad.

En el rito del matrimonio la Iglesia no dice: "¿estás enamorado?", sino "¿quieres?", "¿estás decidido?". Es decir, el enamoramiento debe convertirse en amor verdadero, involucrando a la voluntad y a la razón en un camino que es el del compromiso, de purificación, de mayor profundidad, de tal modo que realmente todo el hombre, con todas sus capacidades, con el discernimiento de la razón y la fuerza de voluntad dice: "Sí, ésta es mi vida".

Pienso frecuentemente en las bodas de Canadá. El primer vino es muy bueno: es el enamoramiento. Pero no dura hasta el final, debe venir un segundo vino, es decir, debe fermentar y crecer, madurar. Un amor definitivo que se convierte realmente en un "segundo vino" es excelente, mejor que el primer vino. Esto es lo que debemos buscar.

Aquí es importante también que el yo no esté aislado, el yo y el tú, sino que se involucre también la comunidad parroquial, la Iglesia, los amigos. Esto - toda la personalización justa, la comunión de vida con los otros, con familias que se apoyan mutuamente - es muy importante y sólo así, en esta participación de la comunidad, de los amigos, de la Iglesia, de la fe y de Dios mismo, brota un vino que dura para siempre. ¡Saludo a todos ustedes!

3. DIVORCIADOS Y CASADOS DE NUEVO, "PLENAMENTE EN LA IGLESIA"

P. – Santidad, al igual que en el resto del mundo, también en nuestro Brasil los fracasos matrimoniales siguen aumentando. Me llamo Maria Marta, él es Manoel Angelo. Estamos casados desde hace 34 años y ya somos abuelos. Como médicos y psicoterapeutas familiares encontramos muchas familias, advirtiendo en los conflictos de pareja una más marcada dificultad para perdonar y aceptar el perdón, pero en varios casos hemos reencontrado el deseo y la voluntad de construir una nueva unión, algo duradero, también para los hijos que nacen de la nueva unión.

Algunas de estas parejas de vueltos a casar querrían acercarse de nuevo a la Iglesia, pero cuando ven que se les rehúsan los sacramentos su desilusión es grande. Se sienten excluidos, marcados por un juicio inapelable. Estos grandes sufrimientos hieren profundamente a quien está involucrado; son laceraciones que se convierten también en parte del mundo, y son heridas también nuestras, de toda la humanidad. Santo Padre, sabemos que estas situaciones y que estas personas están bien presentes en el corazón de la Iglesia: ¿qué palabras y qué signos de esperanza podemos darles?



R. – Queridos amigos, gracias por vuestro trabajo de psicoterapeuta para las familias, lo cual es muy necesario. Gracias por todo lo que hacen para ayudar a estas personas sufrientes. En realidad, este problema de los divorciados y vueltos a casar es uno de los grandes sufrimientos de la Iglesia de hoy. Y no tenemos recetas simples. El sufrimiento es grande y podemos ayudar sólo a las parroquias y a los individuos para que ayuden a estas personas a soportar el sufrimiento de este divorcio.

Diré que sería muy importante, naturalmente, la prevención, es decir, profundizar desde el comienzo el enamoramiento hacia una decisión profunda y madurada; además, es importante el acompañamiento durante el matrimonio, a fin que las familias no estén jamás solas, sino que estén realmente acompañadas en su camino.

Y luego, en cuanto a estas personas, debemos decir – tal como usted ha dicho – que la Iglesia las ama, pero ellas deben ver y sentir este amor. Me parece una gran tarea para una parroquia, para una comunidad católica, hacer realmente lo posible para que esas personas sientan que son amadas y aceptadas, y que no están "afuera" aunque no puedan recibir la absolución y la Eucaristía: deben ver que también así viven plenamente en la Iglesia.

Quizás, si no es posible la absolución en la confesión, un contacto permanente con un sacerdote o con un director espiritual es muy importante para que estas personas puedan ver que están acompañadas y guiadas.

También es muy importante que sientan que la Eucaristía es verdadera y participada si entran realmente en comunión con el Cuerpo de Cristo. Aun cuando no haya una recepción "corporal" del sacramento, podemos estar espiritualmente unidos a Cristo en su cuerpo.

Es importante hacer comprender esto. Que realmente encuentren la posibilidad de vivir una vida de fe, con la Palabra de Dios y con la comunión de la Iglesia, y que puedan ver que su sufrimiento es un don para la Iglesia, porque sirven así a todos, también para defender la estabilidad del amor y del matrimonio; y que este sufrimiento no es solamente un tormento físico y psíquico, sino que es también un sufrir en la comunidad de la Iglesia por los grandes valores de nuestra fe. Pienso que su sufrimiento, si realmente es aceptado interiormente, es un don para la Iglesia. Deben saber que precisamente sirven así a la Iglesia, están en el corazón de la Iglesia. Gracias por vuestro esfuerzo.